

AMAUTA



DIRECTOR:
JOSE CARLOS MARIATEGUI

SUMARIO:

EL CANTO DEL HOMBRE, por Antenor Orrego.—DISCURSO DE BERNARD SHAW sobre los problemas de Inglaterra y del Socialismo.—PRELUDIO, por José M. Eguren.—DETRAS DE LAS MONTANAS, por Luis E. Valcárcel.—MARCHA UNAMUNO, por Juan Parra del Riego.—LA MUSICA INCAICA, por F. Uriel García.—ROMAIN ROLLAND Y LA AMERICA LATINA por Victor Raúl Haya de la Torre.—LA LLEGADA A CUBA, por Xavier Abril.—LA CARRETERA' (música). Lied XI de Alfonso de Silva.—LA NOCHE Y LO QUE SONE, por Blanca Luz Parra del Riego.—TERRUNO, NACION, HUMANIDAD, por José Ingenieros.—AGUJA Y VIDRIOS DE AMOR, por Magda Portal.—EMILIO PETTORUTI, por B. Sanin Cano.—LA NUEVA EDUCACION, por Carlos Velásquez.—PORQUE NOS GUSTAN LOS OJOS, por Honorio F. Delgado.—MENSAJES DE NOCHE, por Serafín Delmar.—LA EVOLUCION DE LA ECONOMIA PERUANA, por José Carlos Mariátegui.—MENSAJE A LA JUVENTUD DE PANAMA, por Alberto Ulloa.—III y IV, por Alberto Guillén.—SPILCA EL MONJE, por Panait Istrati.—MERCADO DE ARTES Y LETRAS.—DIBUJOS de Sabogal, Pettoruti, Essquerriloff, Pantigoso, Vallejo, Raygada, Casimiro Cuadros, Carmen Saco.
LIBROS Y REVISTAS.—INTERVIEWS de Libros y Revistas: CON CESAR A. RODRIGUEZ por Carlos Manuel Cox.—SAN FRANCISCO Y NUESTRO SIGLO, por Maria Wiese.—OPINIONES. Los estudios del Dr. Angel M. Paredes sobre Sociología Americana.—CRONICA DE LIBROS, notas críticas por Armando Bazán, Alberto Guillén, Luciano Castillo, y Carlos Manuel Cox.—CRONICA DE REVISTAS.

DETRAS DE LAS MONTAÑAS

POR LUIS E. VALCAROEL

LOS AYLLUS

Desparramados por la cordillera, arriba y abajo de las montañas, en las estribaciones de los Andes, en el regazo de los pequeños valles, cerca a las cumbres venerables, cabe a los ríos, a la orilla de los lagos, sobre el césped siempre verde, debajo de los kiswars vernáculos, en las quiebras de las peñas, oteando el paisaje, allí están los ayllus.

Los ayllus respiran alegría. Los ayllus alientan belleza pura. Son trozos de naturaleza viva. La aldehuela india se forma espontáneamente, crece y se desarrolla como los árboles del campo, sin sujeción a plan; las casitas se agrupan como ovejas del rebaño; las callejas zigzaguean, no son tiradas a cordel, tan pronto trepan hacia el altorano como descienden al riacho. El humillo de los hogares, al amanecer, eleva sus columnitas al cielo; y en la noche brillan los carbones como ojos de jawar en el bosque.

Después del Intiwata, cuando el Padre Sol ha surgido detrás del Apu Ausankati, los trabajadores yogan con la tierra. Perfumes de fecundación impregnan la brisa matinal.

Sale de los apriscos el ganado y el olor a boñiga fresca agrega un matiz al paisaje campero. Silva el pastorcillo; ladra el perro custodio. En marcha. Por el desfiladero, la teoría mugiente y balante rumbo a los verdes ichales de la altura.

Abajo, la oscilación de las chakitajllas viriles, desflorando la virginidad cada año recuperada de los maizales.

Hilitos de agua como cintajos metálicos que se tejen y se destejan en la pampa grávida. Es el riego.

Lejanos se escuchan los cantos hombrunos, el estribillo es la nota aguda. *Júúúúúúúúúú... Jatchaagaaaaa....*

Las mujeres hacen cola al pasar el portillo que conduce a los sembrados. Portan las comidas calentitas. Vedlas de uno en fondo por la senda que divide los maizales.

Ellas también cantan con voz cristalina, y contestan el estribillo de los maridos. *Guaaaaaa.... Jaaaaaa.... Jaaaaaa.*

El agudo es ya un silbido, y después la cascada de las risas. *Kju... Kju... Kju... Kju...*

Avanza la columna de tirapiés.

En este wayllar se han detenido las mujeres y hacen rueda; desatan los líos portadores de las ollas del almuerzo. Humean apetitosamente. Olorcillo de hierbas silvestres. El paik'o, la ruda, el watakay. Doradas mazorcas de chojlos tiernos. Del ventrudo raki se escancia el akja de oro que apaga la sed y conserva la alegría. Entre bocados y sorbos, corre la conversación saipimentada de chistes que provocan hilaridad de hombres, mujeres, ancianos y niños.

Los perros frente a sus amos, fija la mirada de sus ojos lacayos en las bocas que se hartan. Termina el banquete. Otra vez el canto, otra vez el "rompe"; las mujeres a los hogares; el sol en el zenit. En la lejanía los Apus solemnes, los Aukis menores, imperturbables kama-chikuj, presidiendo la tarea de todos los días paternalmente. Y luego las fiestas. La alegría del kalcheo, cuando todo el ayllu, desde el machu centenario hasta el war-macha apenas en pie, deshojan las rubias, las blancas, las rojas mazorcas, cuando la Marka y el Tak'e están henchidos de comestibles para todo el año, cuando los ventrudos rakís, los urpus mayores, están ahitos de dulce akja. Oh! felicidad. Kénas y pinkuillus, antharas, armonizan sus sonos orquestales, y todo el ayllu entra en la danza en la Kashwa magnífica, y de todos los pechos rebosa el júbilo hecho canto, y hasta la viejísima Mama Simona taktea con

igual entusiasmo que la (*sip'as*) más juguetona. Gracias al Sol, gracias a la tierra, gracias a las cumbres y a los cerros y al río. La T'inka solemne de la cosecha es el tedeum de los ayllus.

Vivir y morir bajo el gran cielo de los Andes. Vivir al amor de su paisaje la égloga sin fin. Vivir la eterna juventud de los pueblos campesinos. Morir, cerrar los ojos como para guardar siempre el bello panorama en la cámara interior de los recuerdos. Los ayllus son trozos de naturaleza viva.

LA MUJER QUE TRABAJA

Es poco probable que haya otra mujer sobre la tierra que posea las virtudes hogareñas y sociales de la mujer andina.

El símbolo de la actividad femenina: la hilandera ambulante. Hace su jornada—cinco y seis leguas—por los caminos y las sendas, por los villorios y el despoblado, con el huso en movimiento. Porta a las espaldas, junto con el crío, los productos que va a vender en la ciudad, o los menesteres con que retorna a su choza. Prepara los alimentos, cuida de sus hijos, de sus animalitos domésticos, el cuy solo a ratos visible, la gallina, el chancho, el perro. Teje la tela para el vestido de todos los suyos. Recorre el campo en pos de las yerbas aromáticas, de los yuyus comestibles, de las ramas secas para mantener el fuego. Escoge el estiércol de los corrales, la "chala", la chamarasca. En el kalcheo, deshoja el maíz. Auxilia al marido en las rudas faenas agrícolas.

En la noche, mientras duermen los niños y conversa desde su cama el esposo, ella no deja en inercia sus manos laboriosas: el maíz tierno, la kinwa, el trigo, salen de sus dedos, grano a grano, libres de cutícula, listos para preparar el potaje cotidiano.

Cuando el varón es perseguido, ella lo reenplaza en todas las tareas. No teme al trabajo; apenas se fatiga. Siempre dispuesta al esfuerzo, con la sonrisa en los labios, toda la bondad del alma se le asoma a los ojos tranquilos.

Solicita, cuidadosa, tierna, jamás pronuncia una palabra de disgusto. Resignase a su suerte; y cuando el marido ebrio la golpea, comprende que pronto cambiará golpes por caricias. Animosa, valiente, nada le intimida; tras de sus llamas cargadas de la leña que ella ha recogido del monte o de papas que ha escarbado con sus manos, llega a la ciudad, realiza su negocio y vuelve a su ayllu, a cualquier hora del día o de la noche. La india que se urbaniza no pierde sus cualidades económicas. Ella, en el mercado, en la tienda, en el empleo, trabajará incansable, y pondrá todo el dinero a disposición de su "amancio", algún mestizo vago y vicioso.....

UN MUNDO

Veinte días de la orilla del mar, en el último repliegue de los Andes, en la invisible hondonada que protegen como infranqueables muros las montañas; allí, donde casi es imposible llegar, vive Un Mundo.

Las aguas de la Historia no bañaron sus riberas. Desde los Inkas magníficos del Cuzco, desde la época de oro del Imperio del Sol, los habitantes de Un Mundo, no saben más que la leyenda un poco fantástica, un mucho confusa de los Hombres Blancos.

Les consta que los viejos emperadores se marcharon para no caer en manos de la invasión extranjera.

—Por el camino alto—dicen—huyeron los Inkas a refugiarse en el Antisuyu. Llevaban un kokawi de piedras.

..

Visten los unkus negros y adornan la cabeza con vistosos pillkus. Trabajan la tierra con la chakitajlla y ap

centan sus rebaños de allpaks y llamas. Adoran al sol y a la luna, a los apus y a los aukis. Moran felices en la comunidad de la tierra y en la universalidad del trabajo.

—Viven aún los Inkas—aseguran—en la Tierra Misteriosa del Antisuyu; de allí van a volver, cuando el Sol se ponga rojo.

..

No llevan el estigma de los mestizajes.

Viven su pureza primitiva, ignorados e ignorantes de la pomposa civilización europea.

Admirable supervivencia no estudiada aún por etnógrafos o sociólogos.

Quiera el Sol mantener la virginidad de Un Mundo.

Que no llegue hasta él el aliento corruptor de los lo "civilizadores".

SECRETO DE PIEDRA

Cuando el indio comprendió que el blanco no era sino un insaciable explotador, se encerró en sí mismo.

Aislóse espiritualmente, y el recinto de su alma —en cinco siglos—estuvo libre del contacto corruptor de la nueva cultura. Mantúvose silencioso, hierático cual una esfinge

Se hizo maestro en el arte de disimular, de fingir, de ocultar la verdadera intención. A esta actitud defensiva, a esta estrategia del dominado, a este mimetismo conservador de la vida, llamarónle la hipocresía india.

La raza, gracias a ella, protege su vitalidad, guarda intacto el tesoro de su espíritu, preserva su "YO".

Se oye de continuo censurar la reserva, el egoísmo del indio: a nadie revela sus secretos. La virtud medicinal de las yerbas, la curación de enfermedades desconocidas, el derrotero de minas y riquezas ocultas, los procedimientos misteriosos de la magia. El indio se cuida muy bien de la adquisición de sus dominadores. No hablará. No responderá cuando se le pregunte. Evadirá las investigaciones. Invencible en su reducto, para el blanco será infranqueable su secreto de piedra.

En cambio, él se informará bien pronto de todos nuestros secretos de "hombres modernos". Breve tiempo de aprendizaje bastará para que domine los más complejos mecanismos y maneje con la serenidad y precisión que le son características las maquinarias que requieren completa técnica.

El indio es para las otras razas epigónico. Solo da a conocer su exterior inexpresivo. Bajo la máscara de indiferente, hallaremos algún día su verdadero rostro?

Su burlona sonrisa será lo primero que descubramos.

En lo insondable de esta conciencia andina, bulle el secreto de piedra.

POBLACHOS MESTIZOS

Hórrida quietud la de los pueblos mestizos. Por el plazón deambula con pies de plomo el sol del mediodía. Se va después, por detrás de las tapias, de los galpones, de la iglesia a medio caer, del caserón destartado que está junto a ella; trepa el cerro, y lo traspone; voltea las espaldas definitivamente, y la espesa sombra sumerge al pueblo. Se fué el día, se acabó la noche; son clepsidras invisibles los habitáculos ruinosos; lentamente se desmoronan. Después de veinte años, el pueblo sigue a medio caer; no se da prisa el tiempo destructor.

Gusanos perdidos en las galerías subcutáneas de este cuerpo en descomposición que es el poblacho mestizo, los hombres asoman a ratos a la superficie; el sol los ahuyenta, tornan a sus madrigueras. ¿Qué hacen los trogloditas? Nada hacen. Son los parásitos, son la carcoma de este pudridero.

El señor del poblacho mestizo es el leguleyo, el "kelkere". ¿Quién no caerá en sus sucias redes de arácnido de la ley? El indio toca a sus puertas. El gamonal lo sienta a su mesa. El juez le estrecha la mano. Le sonríen el subprefecto y el cura.

El leguleyo es temido y odiado en secreto. Todas las astucias, todos los ardides, para confundir al poderoso, para estrangular al débil, son armas del tinterillo. Explota por igual a blancos y aborígenes. Prevaricar es su función. Como el gentleman es el mejor producto de la cultura blanca, el leguleyo es lo mejor que ha creado nuestro mestizaje.

Hórrida quietud la de los pueblos mestizos, apenas interrumpida por los gritos inarticulados de los borrachos. La embriaguez alcohólica es la más alta institución de los pueblos mestizos. Desde el magistrado hasta el último curial, desde el propietario al mísero jornalero, la ebriedad es el nivel común, el rasero para todos. Iguales ante el alcohol, antes que iguales ante la ley.

Todas las aspiraciones del mestizo se reducen a procurarse dinero para pagar su dipsomanía. El hombre de la ciudad que se va a vivir al poblacho es un condenado irremisible al alcoholismo.

Cuántas truncadas vocaciones por el confinamiento en el poblacho. Los "jóvenes de esperanzas" que estudiaron en la ciudad y hubieron de retornar a "su pueblo", se sepultan en el pantano. Cadáveres ambulantes alguna vez abandonan su habitáculo por breves días; reaparecen en la capital. Se les reconoce en conjunto: son los "poblanos". Tardos, como entumidos, pasan por las calles, de frente a los bebederos. Tambaleantes, con los ojos turbios, abotagados, enrojecidos, miran las cosas de la ciudad con estúpida expresión. Gastan el producto de la venta de ganado o cereales hasta el último céntimo. La decencia consiste en su prodigo consumo de cerveza y licores, con los amigos a quienes tutea desde la infancia. Este "mozo" de traje desuadado, anacrónico, de presencia lamentable, fué un discípulo en el Colegio Nacional. Ahora, es el temible leguleyo del poblacho, el agente para las elecciones, el enganchador para las empresas, el vecino principal, cuya industria más saneada es el vivir a expensas de los obsequios del indio, del soborno del propietario, de los gajes de la función concejil, fondos de municipalidades, recursos del Estado.

La atmósfera de los poblachos mestizos es idéntica; alcohol, mala fé, parasitismo, ocio, brutalidad primitiva. La pesadez plúmbea de sus días todos iguales se interrumpe a veces con la ráfaga sangrienta de un crimen. Rencillas lugareñas, choques de minúsculos bandos, odio mezquino que explota en la primera bacanal, en la fiesta del Patrón del pueblo, en la lidia de gallos, en la disputa política. El garratrazo o la cuchillada.

Todos los poblachos mestizos presentan el mismo paisaje: miseria, ruina: las casas que no se derrumban de golpe, sino que como atacadas de lepra, se desechan, se deshacen lentamente, son el símbolo más fiel de esta vida enferma, miserable, de las agrupaciones de híbrido mestizaje.



LA MÚSICA INCAICA

POR J. URIEL GARCIA

Aquel choque trascendente entre un alma que despertaba y un mundo poblado de inquietantes misterios, halló su expresión verdaderamente grandiosa, sublime, más que en la religión, en la música. Y esa música, que ha llegado hasta nosotros, desde luego, ya menos atormentada e imprecativa, como sin duda fué en los orígenes, viene a ser la interpretación más honda de los paisajes andinos, la traducción en lenguaje emocional del panorama campestre. La religiosidad con que fué vista la naturaleza y afirmada la "voluntad de vivir", explosión, henchida de sentimiento, en los himnos incaicos, como la *huanca*, el *harawi*, el *huaino*, el *hayarachi* y otros cantos funerarios y endechas amorosas. Esos himnos son, más que los mitos o la simbolización ornamental, la forma de la expresión mágica de la irracionalidad del espíritu incaico.

Aquella melancolía que fluye de cada frase melodiosa es sólo un estado transitorio de la manera cómo vió la pupila del indio su panorama cósmico y lo tradujo en valores emotivos. Por eso, la tristeza que se vierte de las notas de una quena no es que exprese un alma orgánicamente triste; no es sino el vuelco melodioso de un *estado de alma*; como la piedra abstracta del edificio o el fetiche del adoratorio, no son sino objetivaciones de un determinado y provisional sentimiento del mundo.

En buena parte, la música incaica es himnario andino, una interpretación *histórica*, o valorativa de la tierra al contorno, así como vienen a ser, en cada caso, la arquitectura o la religión. Invoca a cada trozo del paisaje que oculta divinidades tenidas como de sensibilidad idéntica a la del hombre.

Una voluntad como la incaica, en trágica lucha de dominio a la naturaleza vista como una transcendencia, en impulso creador de una cultura ascendente, era una "voluntad de poder" y, por tanto, un impulso en el fondo, doloroso, antes que un alma dada a las alegrías del vivir, a los regalos sibaríticos, en una palabra, a la sensualidad infecunda y, hasta cierto punto, decadente.

El sentimiento religioso de los incas tuvo, pues, su último ápice en la invocación musical, que es su modalidad dionisiaca.

La *huanca* y el *harawi* grafican, como dice nuestro malogrado Albiña, la musicalidad del pueblo de Manco; son los himnos más exaltados en los que se acrecentó ese su espíritu tremante; son como la pleamar de su océano sentimental.

La *huanca* es el himno pastoril entonado al concluir la jornada de la siembra, en la hora grave de los atardeceres; cuando el sol se va poniendo y las sombras de la noche descienden desde los montes próximos. Pero ese himno no es simplemente el canto al trabajo, la satisfacción por la jornada hecha, la alegría por el descanso después de la brega; es una imprecación solemne a los númenes protectores de la fertilidad de tierra, un ansia de algo que falta al poder del hombre.

"El *harawi* es la música destinada a los ritos sagrados, a los oficios de difuntos, a las plegarias a las divinidades o a las trovas amorosas", (Albiña, "La música incaica"). El *harawi* tiene, pues, origen religioso, como los demás géneros musicales. De ahí su expresión solemne (doliente voluntad) que hay que distinguir de la amargura de la impotencia. La sutil melancolía del *harawi* revela su origen sagrado. En la imprecación al dios, en el llanto funerario o en la trova amorosa, que es un lamento, la vida es tomada con dolor, henchido de voluntad, de un ansia de dominar lo desconocido, de sojuzgar el mundo inexplicable.

Igualmente, hay que suponer que el *huaino* y la *kjashua* son del mismo origen. Fueron danzas en honor de los dioses, puesto que se bailaban en las fiestas, que también, todas, tuvieron la misma procedencia. Sólo que en ambos danzas el entusiasmo rebasaba el ritmo melancólico, sin que aquello signifique la explosión de la alegría.

El carácter de conjunto que tiene esa música guarda íntima relación con las otras manifestaciones de la cultura de los incas; con las artes plásticas, con el culto y la vida político-social. La arquitectura, como ya hemos visto, es *solitaria*, aisladora del espacio infinito; las artes ornamentales, así mismo, conjuros; la religión trascendente, forma expresiva de la dualidad entre el hombre y el mundo; el *ayllu* es una entidad social ligada con el tótem o *apu*. La música, entonces, sigue esa modalidad espiritual del pueblo que la creó.

Además, ya se ha dicho, aquella expresión sentimental guarda un nexo íntimo con el paisaje, con la interpretación emotivo-religiosa del campo. La tierra andina, hasta ahora, es el escenario de una vida que se *hace* con dolor, porque es esfuerzo, porque es impulso creador. Cumbres ingentes y reacias a la vialidad, quebradas constreñidas, limitadas para el cultivo, agua, tierra, aire no dominados por la técnica más que por el brazo del hombre, no pudieron todavía formar pueblos plácidos, conclusos en su destino. Las épocas de conquista, en las que el mundo queda por dominar, crean religiones, morales, músicas compatibles con ese estado de alma.

La música de nuestros próceres antepasados no puede ser la explosión sentimental de la desesperanza, porque quedaba un porvenir cuantioso a la cultura por hacerse; de la impotencia, entre un pueblo dominador y expansivo; de la ilusión fallida, entre una juventud orgánica y psicológica rebosante; de la esclavitud, entre una cultura autóctona. Pero tampoco se puede ver en ella la manifestación de la alegría, la vida hecha para siempre, sometida al placer del goce sensual, cuando ésta era un constante esfuerzo de vencer lo desconocido, de *llegar* al poder de la racionalidad que es al que domina el mundo, cuando la cultura andina tenía por delante el infinito, es decir, una multiplicidad de posibilidades que desenvolver.

La música incaica es la de la vida haciéndose, la de la turbación religiosa, que no es aceda amargura, es cierto, pero tampoco es alegría; la del esfuerzo que tiende hacia el futuro. Es la música de la melancolía, del ensueño, de ese estado grave entre la realidad y la fantasía.

Esa expresión cósmica de la música incaica continuó siendo la levadura del espíritu de la sierra colonial; elemento psíquico que hasta hoy mantiene el nexo de todos nuestros pueblos serranos con el pasado, porque es el vivo y mágico lenguaje a cuyo conjuro vibra la tradición lejana y se reanima el sentimiento terruño, ése que en el alma primitiva llama Keyserling "lo intransferible". Una *huanca* un *harawi*, enciende al momento la afectividad indígena y el amor del breñal nativo en quien tiene en su sangre y su espíritu ligámenes de comunidad histórica con el pasado.

A través de los trescientos años de coloniaje, la música no perdió su valor histórico, es una fuerza viva de nacionalidad, más que el arte, más que la religión. Mediante ella el espíritu incaico se engarzó con el nuevo espíritu *colonial*, originado por el aluvión hispánico. Por la música mantiene la sierra la continuidad con el pretérito; lo que para los incas fué la expresión de eso que el autor

ROMAIN ROLLAND Y LA AMERICA LATINA (1)

POR VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE

La América Latina no ha sufrido la guerra en la carne de sus pueblos, pero su juventud ha extraído de esa inmensa tragedia una profunda lección de historia. Mientras que nuestras burguesías nacionales se regocijaban de que los oleajes de oro—precio maldito de los oleajes de sangre—viniesen a llenar sus cajas, gracias a la marcha magnífica que abría la hecatombe hacia las riquezas naturales de nuestras tierras, un espíritu nuevo agitaba la conciencia de la juventud latinoamericana. Muy pronto ésta se libertó de la fascinación wilsoniana y reconoció que el que hablaba apostólicamente a Europa de paz y libertad, era el mismo hombre de gobierno en nombre del cual los pueblos indefensos de la América Latina habían sido subyugados a cañonazos y al precio de masacres incalificables en Santo Domingo, en América Central y en México. Nuestra generación descubrió las causas imperialistas de la Gran Guerra; comprendió, al ver el deslumbramiento de nuestras burguesías gozosas de su botín trágico, que la razón de tantos horrores era el sistema económico del mundo y presintió la abdicación moral de Wilson y con ella "la ruina del gran idealismo burgués que ha asegurado desde hace un siglo y medio, a pesar de todos sus errores, el prestigio y la fuerza de la clase dirigente" (Romain Rolland).

La Revolución de Rusia, "libre o liberadora" y el tratado de Versalles, "infectado de bismarckismo" marcaron las dos vías abiertas por la guerra a la conciencia del mundo. O la rebelión enérgica y justiciera contra un pasado de nacionalismo, de imperialismo, de explotación y de mentira, o la continuación de nuestros pasos por las viejas rutas de dolores infinitos. En cada uno de nuestros países, formados en la escuela de la ideología burguesa de Europa, las clases dominantes veían en la guerra una exaltación gloriosa del nacionalismo, del militarismo y de los odios patrióticos. La misma fraseología de la gran prensa europea era repetida por nuestros viejos intelectuales, nuestros hombres políticos y nuestros profesores. Los hombres de la vieja generación latinoamericana no vieron en la guerra más que la afirmación de las potencias armadas y proclamaron, con más optimismo que nunca, la victoria de sus sistemas, realizados por el vocabulario de Wilson y que se esforzaron en imponer, por todos los medios, en las veinticuatro pequeñas patrias en que está dividido, gracias a nacionalismos importados, nuestro gran continente latinoamericano.

Pero la juventud sintió la voluntad heroica de salvar a nuestros pueblos del destino de los pueblos europeos. Desde 1918 resuena el grito de rebelión en nuestra nueva generación latinoamericana en oposición declarada con la



Romain Rolland, madera de Essquerriloff

antes citado llama "influencia cósmica", para la etapa posterior fué ligamen *hereditario*. Falta ahora que "el espíritu libre" modifique ese rezago tradicional.

Un caso revalador de esto que decimos es el hecho de haberse apropiado de la música incaica el ritual católico. Himnos incaicos, desde los órganos desvencijados de una vieja iglesia parroquial exaltan en las misas la fe de los fieles. En la "ida" de la imagen de Belén, en el beaterio de las Nazarenas, se entonan las llamadas "chaitas", harawis incaicos de infinita ternura, que despiertan recónditas melancolías en el alma del *nuevo indio*.

La sierra sentimental, primitiva, es la melodía incaica. La huanca es el himno de los atardeceres; el harawi, la canción de la noche; el huaino, el entusiasmo entre la quebrada radiante, perdida o disminuida la integridad de su significación religiosa acaso desde las postrimerías del incanato.

vieja ideología burguesa de las clases dominantes. Viendo en las Universidades el foco de la irradiación y la mejor tribuna de esta ideología, la juventud las ataca revolucionariamente apelando a nuevas normas culturales. En todos los países latinoamericanos ella se agita con el mismo espíritu de rebelión y renovación. Al llamamiento de la juventud, muchos de los maestros ilustres de la vieja generación, tales como Vasconcelos, Ingenieros, Palacios, Varona, vinieron hacia ella y se juntaron a sus banderas. Al mismo tiempo los hombres de ayer, los militantes del derecho, se unieron contra nosotros y la profunda separación de las dos ideologías fué marcada con sangre: en Chile, en el Perú, en Bolivia, en Cuba, en Panamá, y en muchos países de la América Latina el furor nacionalista de las clases que dominan todavía ha sacrificado numerosas vidas adolescentes bajo el pretexto de "orden y patriotismo".

Cada día más vasta, cada día más en contacto con la realidad social de nuestros pueblos, se percibe con más claridad la amenaza de conquista que viene de la prepotencia de Estados Unidos, se comprende la urgencia de destruir las fronteras que traicionan nuestro voto de unir la América Latina en una sola federación. El movimiento de la juventud que desde hace siete años manifiesta su espíritu revolucionario en Argentina, en la universidad de Córdoba, muestra ya la fuerza de una nueva conciencia latinoamericana que se precisará cada vez más con un impulso por la justicia social y por la unidad de nuestros pueblos que queremos sustraer del abismo imperialista.

CRONICA DE LIBROS

JOSE VASCONCELOS

"La Raza Cósmica"

Agencia Mundial de Librería.

París.

José Vasconcelos, el egregio autor de "Pitágoras" y "Estudios Indostánicos", el gran maestro y pensador mexicano, ha publicado su último libro "La Raza Cósmica", sobre la misión de la raza iberoamericana y unas notas de viajes a la América del Sur.

Es el libro maravilloso de un artista. Es un libro sobre América.

La vigorosa intuición del maestro se afirma una vez más al desarrollar su audaz teoría sobre la misión de la raza latina en América. Las ideas cardinales de su ensayo fueron expuestas ya en sus conferencias y mensajes a la juventud americana; las vierte y amplía ahora en una obra, dándoles más valor universal y humano. El iberoamericanismo que predicán los grandes representantes del pensamiento en el continente, tiene un aliento cósmico de fraternidad humana; no proclama primero la patria que la raza, porque en América el patriotismo positivo no puede traicionar nunca el destino de la raza, ni quiere el triunfo de ésta por mera hegemonía, sino para implantar nuevas normas de justicia que traigan el bienestar general de los hombres.

Piensa Vasconcelos que la raza latina tiene en América una misión sin precedente en la Historia, la de lograr la fusión de los pueblos y las culturas para convertir a un nuevo tipo étnico a todos los hombres.

De las dos razas de América, una, la sajona, quiere el dominio exclusivo del blanco; mató al indio, persigue al negro y rechaza al amarillo. Repite en el mundo nuevo la misma actitud limitada y egoísta que en Europa. Nosotros, la raza latina, no cometimos el pecado de destruir la raza autóctona, la asimilamos, y el espíritu generoso de los latinos se debe que América se vaya convirtiendo en el gran hogar acogedor de todos los hombres. Y así es como en Iberoamérica se está forjando una raza nueva con un sentido distinto y generoso de la vida.

En la visión que tiene Vasconcelos de la América futura, hay una civilización esplendente sobre el trópico, sobre el que se desbordará la humanidad entera cuando descubra el hombre los medios de combatir el calor en lo que tiene de hostil para él. La fantástica riqueza que la Naturaleza ha acumulado en la América tropical atraerá a los hombres de todos los climas, de todas las razas y de todas las virtudes, y en ella se entablará la lucha precursora de la producción de un hombre superior, síntesis de las virtudes, de las modalidades espirituales de los demás hombres.

El fervor idealista de Vasconcelos lo lleva a anunciar el advenimiento de un período estético para la humanidad, en el que la conducta humana, la vida toda, estará sometida a las leyes superiores del sentimiento y de la fantasía; y ese período que ya se inicia en América, abortará un factor interesante de control, depurador de la quinta raza en formación.

Seduce y convence la fuerza y la fé que pone Vasconcelos cuando habla de la América Ibérica; y aunque sus palabras solo fueran sueños generosos de un artista, que tuvieran la virtud de comunicarnos a los iberoamericanos, sobre todo a los jóvenes, optimismo en el futuro de la raza, y despojarnos de todo sentimiento de inferioridad, habría ya en ello una gran obra.

Sus notas de viajes a la América del Sur tienen un atractivo singular. Un alma que se ha conmovido intensamente al recorrer el Brasil, Uruguay, Argentina y Chile cuenta sus impresiones magistralmente. El relato emociona por las bellezas que describe. Americanos, sentimos que desconocemos casi totalmente a la América. Recién se descubre en toda su grandeza presente y futura, y urge conocerla para comprender el superior destino del continente.

Hombres y cosas de estos cuatro países desfilan admirablemente bien descritos. Leyendo las páginas de Vasconcelos se convence uno de la fuerza y esperanza con que crece el Brasil; del estupendo porvenir de la Argentina y del espíritu generoso y libre de algunos sectores de los pueblos del Uruguay y Chile, al lado de los que oprimen y gobiernan.

Conviene en estas notas destacar para los lectores peruanos la energía de sus opiniones, expresadas en Chile sobre el ejército y sobre la guerra del Pacífico, la gran mancha del iberoamericanismo, que Vasconcelos denuncia como un crimen: declaraciones que le valieron en Chile la entusiasta adhesión de la juventud y los trabajadores, y la hostilidad de los elementos reaccionarios, cuya prensa le dedicó por este motivo las más acres censuras.

Luciano CASTILLO.

ALEJANDRO PERALTA

"Ande"

Editorial Titicaca, Puno 1926

De la nueva generación y nacido en Puno, donde hay dos tan buenos poetas como Emilio Armasa y Luis de Rodrigo aún no metidos a perpetuidad en el nicho de un libro, Alejandro Peralta destaca vigorosamente su fuerte personalidad. Su libro *Ande* es una bella y vibrante colección de imágenes andinistas. Un fuerte viento de serranismo discurre por esos versos llenos de una exaltación pánica. Modernidad en la imagen y en la presentación del verso gimnasta que payasea sobre cumbres llenas de oson. La presentación magnífica, dentro de la moda ambiente de ayudar al poeta con los recursos del tipógrafo.

RAMIRO DE MAEZTU

La Celestina y Don Juan.

Editorial Calpe.

Madrid 1926.

Creí que don Ramiro guardara inquina contra mí en su carpeta de pensador austero y meticoloso. Pero no. Con cariñosa dedicatoria me viene su último libro, por intermedio de la formidable editorial Calpe. Bello libro profundo de originalísima exégesis de los dos grandes tipos españoles La Celestina, Don Juan. Criterio certero y aireado. Ideas nuevas si caben frente a los tan manoseados muñecos formidables. Y ese gran espíritu de ensayista que hay en Maeztu, que halla aquí motivo para darse en todas sus facetas y en todas sus posibilidades. Gracias al formidable Calpe, el mago del Palacio del Libro.

ALBERTO GUILLEN

MARÍA WIESSE.

Glosas Franciscanas

Imprenta Lux—Lima 1926.

El nombre de María Wiese es uno de los más prestigiosos de nuestras letras nacionales. En los últimos años, esta inteligente y gran trabajadora nos ha dado seis libros que revelan su cultura y su temperamento: "Croquis de México", "José María Córdova", "Santa Rosa de Lima", "Motivos Líricos", "Nocturnos", "Motivos Líricos" y recientemente "Glosas Franciscanas".

Al hablar del divino Santo de Asís su palabra se hace fervorosa y tierna. Exenta de toda frivolidad, María Wiese, es el caso de la mujer de estudio, penetración y fuerte textura espiritual. Los motivos que busca para sus inspiraciones, son por eso tomados de los más altos planos ideológicos.

Al leer su delicado estudio del gran santo se sienten fuertes aletazos de emoción. Para ella, para mí también: Jesús, primero y después el divino loco de Asís en todos los siglos de la Humanidad.

Completa "Glosas Franciscanas" la exquisita y brillante nota de arte que con sus maderas pone el más vigoroso y admirable de nuestros pintores: José Sabogal.

ARMANDO BAZAN.

ERNESTO HIGUERAS.

Resonancias Efímeras.

México. 1926.

Para juzgar este libro y darle su cabal apreciación es necesario conocer a su autor. Cada una de las composiciones es un vaso tallado con prolijidad de orfebre y lo que hay en ellas, es esencia de espíritu puro. Lo que escribe Higuera es una prolongación vital de sí mismo. Sus palabras son la luz propia de una llama sagrada que arde en su interior. La sinceridad de este gran mejicano tiene la consistencia del acero bien templado. Cuando se está junto a él, hay la sensación de estarse bajo un árbol vigoroso y copudo en un día de canícula.

Horizontalmente revolucionario, su vida ha sido hasta hace poco una lucha constante: su acción y su pluma no descansaron cuando México se debatía terriblemente para establecer sus principios de justicia humana.

Así como dirigió a sus soldados en la guerra, dirigió también a los grupos de escritores en las ciudades donde le fué posible hacer la fundación de algún periódico, y en este aspecto de su actividad, buen conocedor de la buena literatura americana, la difundió en su patria con gran actividad y gran fervor.

En el fondo Ernesto Higuera es un temperamento lírico exquisito y un militante activo de la revolución. Ninguna manifestación más sincera que su libro: Arte, amor y poesía.

ARMANDO BAZAN.